

Intersecciones entre el género, el trabajo y las políticas públicas en un barrio segregado. "Las y los jóvenes de Gardel y Gral. Sarmiento".

Lic. Foressi, Corina, Lic. Quartulli, Diego, Lic. Raffo, María Laura y Lic. Salvia Ardanaz, Victoria.

Cita:

Lic. Foressi, Corina, Lic. Quartulli, Diego, Lic. Raffo, María Laura y Lic. Salvia Ardanaz, Victoria (Diciembre, 2007). *Intersecciones entre el género, el trabajo y las políticas públicas en un barrio segregado. "Las y los jóvenes de Gardel y Gral. Sarmiento". V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo -ALAST. Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo - ALAST, Montevideo, Uruguay.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/diego.quartulli/18>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfdZ/kap>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo

Título: Intersecciones entre el género, el trabajo y las políticas públicas en un barrio segregado. “Las y los jóvenes de Gardel y Gral. Sarmiento”.

Autores: Corina Foressi¹ Diego Quartulli², María Laura Raffo³ y Victoria Salvia Ardanaz⁴

Afiliación institucional: Instituto de Investigaciones Gino Germani-Facultad de Ciencias Sociales-UBA⁵

Los jóvenes enfrentan en la actualidad una particular coyuntura, en la que el sistema político-económico no parece ofrecer espacios de inserción social para ellos y los enfrenta a un horizonte estructural de desempleo y precarización laboral, cuyas consecuencias se agravan en aquellos que poseen niveles educativos que no se adecuan a las demandas de un mercado de trabajo cada vez más expulsivo. En este contexto el pasaje hacia la adultez, definido histórica y culturalmente como un proceso de cambio y reacomodamiento de por sí dificultoso, se complejiza aún más debido a las actuales restricciones en las posibilidades de inserción plena de la juventud en el mercado de empleo remunerado, que se constituye en una de las problemáticas más relevantes que afectan a este grupo etario en la actualidad.

En nuestro análisis partimos de considerar que esta situación de vulnerabilidad, que actúa debilitando los procesos de integración social al obstaculizar el acceso a uno de los mecanismos históricos de inclusión, se inscribe de manera diferencial al interior de este grupo, al estar cruzada por variables como la pertenencia de clase, lo que se traduce en desiguales condiciones de vida y oportunidades.

Uno de los rasgos que definirían los cambios ocurridos a partir de la segunda mitad del siglo XX en los roles de género, y por lo tanto en las vidas de hombres y mujeres, es la irrupción de la mujer en el espacio público (laboral, científico, cultural y político), ámbito de circulación tradicionalmente ocupado por hombres (Fernández; 1994). Sin embargo, esta ruptura de los dispositivos de la cultura patriarcal, que restringieron a las mujeres al ámbito privado y las ubicaron en posiciones de heteronomía con respecto al varón, pareciera ser más compleja de producirse en las estructuras familiares de los sectores populares.

En una sociedad en la que la asignación de los recursos con la que cuentan los individuos y sus lugares (*o no lugares*) en la estructura social, se definen primordialmente por el acceso al mercado, pareciera ser que el sujeto colectivo que definía la integración a la sociedad nacional (el trabajador formal) y que como tal constituía el sujeto de los derechos sociales, se ha desagregado en individuos que deben adaptarse a su lógica cambiante. A nivel de las políticas sociales, la

1 Lic. Sociología (FSOC-UBA). Maestría en Políticas Públicas (FSOC-UBA). corifo@yahoo.com.ar

2 Lic. Sociología (FSOC-UBA). dq@datafull.com

3 Lic. en Sociología-UBA. Becaria Conicet. Magíster en Investigación en Ciencias Sociales (FSOC-UBA) mlaularaffo@gmail.com

4 Prof. en Antropología (FFYL-UBA). Becaria Conicet Maestría en Investigación en Ciencias Sociales (FSOC-UBA). vvsalvia@gmail.com

5 Dirección Postal: Uriburu 950, 6º Piso, Oficina 21 (CP 1114) Tel:4508-3815 (int.219)

estrategia de *focalización* es el correlato de la individualización de la fuerza de trabajo y de la posibilidad estructural de la exclusión de una parte de ella del mercado de trabajo, es decir de la forma legítima de acceder a los recursos. (Grassi, Hintze y Neufeld; 1994).

En este sentido, desde hace más de dos décadas, los sectores sociales considerados más vulnerables, han sido objeto de políticas sociales que intervienen en su situación aplicando criterios de elegibilidad “focalizados” en la “portación” de determinados atributos. El Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil - Programa Incluir (2004), desarrollado por el Ministerio de Desarrollo Social, se inscribe en esta línea, y determina de este modo como beneficiarios de su accionar, a aquellos “jóvenes entre 18 y 25 años de edad, desocupados o subocupados, en situación de pobreza, con bajo nivel de escolaridad y/o baja calificación laboral”, partiendo de considerar que es este segmento juvenil, aquel en el que la crisis económico social de la última década ha tenido mayor impacto.⁶

El objetivo general de esta política social se orienta a promover la inclusión social de estos jóvenes, en un marco conceptual que entiende a las dificultades de inserción en el mercado de trabajo (desocupación e inserción precaria) y al abandono temprano del sistema educativo formal como claves que definen la vulnerabilidad y la exclusión social.

En lo que refiere a este trabajo, específicamente restringiremos el análisis a nivel local, en un municipio del conurbano bonaerense en el que se desarrolló primordialmente la línea de intervención orientada al desarrollo de capacidades productivas en su componente “Cursos de Capacitación en Oficios”.

Nuestro análisis plantea interrogantes en torno al diagnóstico, diseño e implementación del Programa Incluir como política focalizada, los cuales están contextualizados en un barrio segregado de este espacio local, considerando que las desigualdades de género enumeradas y las que imprime el espacio territorial, son invisibilizadas tanto en el modo en que se conceptualiza a los sujetos destinatarios, como en las estrategias de acción desarrolladas a partir de esta definición.

Las definiciones y las prácticas

Consideramos que las formas de intervención sobre los sujetos y sus problemáticas, se vinculan necesariamente con aquellas miradas que los “construyen” teóricamente, y los conciben como integrantes de determinados colectivos. Desde las políticas sociales, los criterios frecuentemente empleados para efectuar estas demarcaciones, suelen manifestar una impronta con especial énfasis en los aspectos cuantificables del “ser” y el “estar”. Desde nuestra perspectiva, este abordaje resulta explicativamente limitado, en parte por la escasa relevancia asignada a las formas en que los propios sujetos se definen, y definen sus necesidades. Si a estas elecciones de índole epistemológica y metodológica, se le suman aquellas ancladas en la invisibilización de las

⁶ El Programa se estructura en tres líneas de intervención: desarrollo de capacidades productivas, participación socio comunitaria de los jóvenes, y fortalecimiento institucional. El presente trabajo focaliza sobre la implementación de la primera de estas líneas, en su componente “capacitación en oficios”, la cual busca proveer los conocimientos, destrezas y habilidades para el desempeño de una ocupación laboral, privilegiando modalidades de capacitación orientadas al aprendizaje de oficios.

relaciones de género que “modelan” la subjetividad, el enfoque resulta aún más restrictivo. Otro aspecto que aparece invisibilizado, refiere a las características del espacio en el que residen las jóvenes que son objeto de esta investigación, un espacio marcado por la concentración territorial de desventajas sociales, inmerso en un proceso de segregación urbana.

Por ello, desde un abordaje predominantemente cualitativo⁷, pretendemos acercar algunas reflexiones surgidas de la confrontación entre el marco de conceptualización institucional del programa social en cuestión, y las percepciones y situaciones de vida, de un grupo de varones y mujeres entre 18 y 25 años residentes en Gral. Sarmiento y Carlos Gardel del Municipio de Morón.

Entre el “ser” definido por otros y las propias definiciones: ¿Distancia insalvable?

• Para jóvenes de 18 a 25 años en situación de pobreza ...

Podríamos pensar en primera instancia cuán acertada resulta una definición de la situación juvenil, que la concibe desde una supuesta nominalidad neutral y la asocia meramente a la pertenencia a una determinada franja etaria. ¿Puede una definición de este tipo, dar cuenta de las distinciones que al interior de este grupo imprime el género y las particulares condiciones de existencia?

Si se es madre, no se es joven. En los relatos de las jóvenes entrevistadas, la juventud se asocia a una situación de vida exenta de las responsabilidades que conllevan el cuidado y la atención de los hijos. Aquellas que son madres, aún confrontadas a mujeres de su misma edad y condición social, ponen de manifiesto la percepción de ese “antes” y “después” en sus vidas, que significó el nacimiento de sus hijos, suerte de proceso “inercial” devenido sin que mediara una elección consciente previa. Este acontecimiento provocaría el cese repentino del período de *moratoria social*, tiempo de ensayo y error previo a la adultez, etapa de transición donde el ámbito público adquiere relevancia estructurante en la formación del sujeto adulto, al ceder la familia su anterior preeminencia en este proceso. Podemos pensar que para ellas, este pasaje se produciría no sólo abruptamente sino de un modo disfuncional, configurado por un recorrido entre dos mundos privados: de la familia de origen, a la constitución de su propia familia.

Cabe señalar que el ejercicio de la maternidad no es la única causa que ha limitado el acceso de estas mujeres al programa, pero es necesario destacar que en aquellos hogares que estructuran arreglos familiares en torno a relaciones patriarcales más tradicionales las chances de gestionar actividades en el espacio público se vieron reducidas.

¿Si se es joven, no se es padre? En los jóvenes varones entrevistados se vive la paternidad de un modo muy distinto al de las mujeres. Es evidente que para ellos la llegada de un hijo no marca un

⁷ Para el presente trabajo se ha empleado una metodología de tipo cualitativa, con la aplicación de la técnica de grupo focal y de entrevistas en profundidad.

momento definitorio y menos aún constituye una puerta de salida de la etapa juvenil para acceder al mundo adulto.

Son pocos los hombres que asumen responsabilidades plenas de convivencia, manutención del hogar y tareas de cuidado de sus hijos. Muy por el contrario, la mayoría de nuestros entrevistados sólo asumen responsabilidades económicas de un modo muy limitado, en parte porque no poseen inserciones laborales estables u otros modos de obtener un ingreso con cierta regularidad. Es evidente que el grado de responsabilidad y compromiso es menor en los hombres jóvenes que en las mujeres, y que para ellos la llegada del hijo no implica limitar otras actividades sociales o recreativas, restringir su inclusión en instancias formativas, o priorizar las cuestiones relativas a la obtención y permanencia en un empleo. Sin embargo, en algunos de ellos, la preocupación por el sustento de los hijos aparece marcando una restringida pero arraigada responsabilidad de compartir cualquier ingreso de dinero que pueda existir.

Si se es joven y pobre, hay espacios donde es difícil acceder. El espacio público en el que se mueven los jóvenes que son objeto de este trabajo, está marcado por la concentración territorial de desventajas sociales, es decir, se encuentra inmerso en un acuciante proceso de segregación urbana. El Municipio de Morón se caracteriza por lo marcado de las desigualdades socioeconómicas y en su interior Carlos Gardel y General Sarmiento, son pequeñas islas territoriales con marcada concentración poblacional y altos índices de NBI. Estos espacios concentrados, se localizan en medio de zonas de alto y medio poder adquisitivo, por lo que los límites y desigualdades se destacan con especial intensidad. Fuera de sus límites, los barrios de Carlos Gardel y General Sarmiento son percibidos desde el exterior como cuna de delincuentes, lo que constituye un fuerte estigma que pesa sobre todos sus habitantes.

Los jóvenes viven el espacio público, como arena de conflicto y de imposición de restricciones, aunque el modo en que estas limitaciones y conflictos se hacen presentes no es igual para todos, estableciéndose una diferencia primordial entre lo que ocurre con hombres y mujeres.

Los hombres jóvenes se apropian del espacio público, viven fundamentalmente en la calle. Allí la apropiación se hace patente en la imposición de normas y prácticas sociales distintivas, y en la ocupación física del espacio barrial. Ellos se encuentran cotidianamente en las esquinas, compartiendo allí buena parte de sus días y noches. En la calle se establece una amplia gama de relaciones con sus pares, se definen actividades, o sencillamente se deja transcurrir el tiempo. El barrio es para ellos el escenario cotidiano de sus acciones, **aunque podríamos pensar que esto sería** producto de la dificultad de acceso a otros ámbitos de institucionalización como la escuela y el mercado de trabajo. El estigma territorial que pesa sobre las personas que viven en este espacio, se reproduce al interior del barrio y se deposita de manera preferencial entre estos jóvenes comúnmente llamados “vagos”, cuya presencia constante en la calle solo magnifica la percepción de inseguridad asociada al barrio.

Como mencionamos anteriormente, algunos jóvenes varones se erigen en habitantes preferenciales de las calles del barrio, aunque a nuestro entender, se trata de una apropiación del espacio público

fuertemente restringida a este espacio. Estos jóvenes encuentran serios límites cuando intentan salir del barrio, viviendo una sociabilidad y movilidad notoriamente restringidas las que a nuestro entender, ejercen una preponderante incidencia en sus perspectivas laborales.

La cuestión económica es la primera imposición limitadora, ya que alejarse del barrio implica disponer de medios económicos básicos para utilizar los transportes, y estos jóvenes en muchos casos no los tienen o deciden disponer de ese dinero para otros fines que consideran más prioritarios.

La segunda limitación es aquella que impone la mirada de los otros. Como mencionamos anteriormente, el estigma que cargan los habitantes del barrio por su pertenencia territorial es muy importante ya que se trata de un espacio percibido por la comunidad de Morón, la policía y los medios de comunicación como reducto de marginalidad, delincuencia y peligro. Fuera del espacio barrial, la discriminación es vivida cotidianamente por los jóvenes y su cuestionada procedencia barrial, pareciera funcionar acentuando las marcas físicas que de por sí generan efectos discriminatorios. En el marco barrial, la juventud también, constituye otra marca acentuadora del estigma, ya que entre quienes pertenecen al barrio son los hombres jóvenes quienes más se acercan al estereotipo delincencial aquí planteado.

El tercer límite está vinculado con el anterior, pero se relaciona específicamente con las barreras policiales que circunscriben el barrio. Hay importantes destacamentos de Prefectura que custodian las principales salidas de Villa Carlos Gardel y el barrio General Sarmiento, lo que sumado a la mirada discriminatoria antes destacada, implica un escollo importante para circular libremente. Por otra parte, un cordón similar pareciera funcionar, según afirman los propios jóvenes, en la entrada a la Ciudad de Buenos Aires. El acceso a la Capital es percibido por ellos como casi inaccesible y hasta peligroso.

Tal como hemos establecido, el espacio público es de uso limitado para los jóvenes de barrios segregados, pero si además se es mujer, el acceso se restringe aún más. Una subjetividad que se modela en torno al rol materno tradicional, define al mismo tiempo al hogar como espacio preeminente de circulación. El mundo privado, en la mayoría de los casos el hogar parental, es el espacio por antonomasia de estas mujeres. Es allí donde nuestras jóvenes, transcurren la mayor parte de su tiempo proveyendo servicios de cuidado, y permitiendo de este modo, la participación de otros miembros en el espacio de la producción material. Las relaciones con vecinos, amigos o familiares se desarrollan fundamentalmente dentro de ese espacio cerrado.

El entorno barrial les es familiar, pero al mismo tiempo peligroso. En su discurso, los jóvenes varones que no estudian ni trabajan, representan esa "*juventud perdida*" que imprime inseguridad a la circulación por el barrio.⁸ Las mujeres jóvenes viven el espacio público de un modo muy

⁸ Las imágenes de estos varones se acercan a las propuestas desde el debatible supuesto conceptual, que entiende la pobreza como producto de la no inclusión en espacios laborales y educativos, y la asocia sin más a la caída en actividades delictivas. En el documento del Proyecto de Inclusión Juvenil (Programa Incluir), esta asociación se esgrime como uno de los factores tenidos en cuenta para focalizar la intervención en el colectivo de "jóvenes pobres": "Se constituye entonces un proceso mediante el cual estos jóvenes se ven imposibilitados de trabajar, de estudiar, perdiendo de esta manera sus posibilidades de afiliación social. Esto, a su vez, los lleva a caer en la pobreza, en la delincuencia y en la marginalidad" (Documento de proyecto Programa Incluir; 2005)

diferente al de los hombres. Para ellas se trata de un espacio ajeno, de tránsito, un territorio hostil y poco frecuentado como espacio de interacción social.

Las posibilidades con las que cuentan nuestras jóvenes para moverse más allá de las fronteras barriales, son tanto o más complicadas que las de los hombres jóvenes. En particular las mujeres jóvenes sin responsabilidad familiar realizan importantes esfuerzos por obtener empleos por fuera del barrio, sin embargo son pocas las ocasiones en que logran hacerlo exitosamente.

La limitación económica es en el caso de las jóvenes tan importante como para los hombres. Esto se acentúa aun más en las mujeres con responsabilidad familiar, ya que las obligaciones económicas que implica la crianza de los hijos comprometen la mayoría de los ingresos que obtienen. En estos casos, los hijos también complejizan las posibilidades de movilidad extra barrial.

También las mujeres sufren el estigma de la pertenencia al barrio, por lo que algunas de ellas han cambiado sus domicilios fraudulentamente para evitar ser discriminadas frente a una propuesta laboral.

Los aspectos señalados en este apartado, nos permiten relevar fuertes desventajas para los sujetos (tanto hombres como mujeres) que desarrollan su vida en espacios socialmente caracterizados como marginales, que se traducen en procesos de aislamiento, fragmentación interna y desarrollo de lazos sociales ineficientes e incluso negativos para lograr un mejor posicionamiento en la sociedad más amplia. En lo relativo a las mujeres, el aislamiento en el mundo privado del hogar se establece como un modo de encierro e imposibilita el desarrollo de vínculos sociales que permitan ampliar las estrategias de vida y abrir los horizontes de movilidad territorial, con todas sus implicancias de limitación social, educativa, laboral, etc. Los hombres, por su parte, acceden a un espacio público limitado y a la vez limitante, ya que como Wilson⁹ destaca, en muchos casos en las vecindades pobres se dan vínculos sociales de gran vitalidad, pero que sin embargo establecen modelos de rol ineficientes que pueden provocar conductas negativas o imposibilitar conductas que permitan el mejoramiento de las condiciones de vida.

En definitiva, el modo en que los sujetos se muevan y apropien de su entorno marcará diferencias en la sociabilidad extendida que puedan desarrollar, pero no generaría cambios significativos en sus posibilidades de romper las desventajas y demarcaciones que actúan como entramado para la segregación. Sumado a la situación de aislamiento geográfico y de mercado en la que se encuentran, el hecho de tener un número reducido de contactos sociales y de ámbitos de participación, limitan significativamente sus probabilidades de conseguir un empleo, de ampliar sus estrategias de vida y de abrir horizontes de movilidad social.

9 W. Wilson (1996), desde una mirada estructuralista, aporta una interesante perspectiva para encarar la problemática de los lazos sociales en las poblaciones pobres. El planteaba que para esos sectores, no es tanto la ausencia de sociabilidad lo que implica un problema, sino el carácter negativo o ineficiente que pueden presentar estos lazos. Este autor define que para pensar la posición de los sujetos en la sociedad más amplia, ciertos tipos de lazos sociales pueden tener efectos negativos.

- **Para jóvenes desocupados o subocupados con bajo nivel de escolaridad ...**

La categorización unívoca de “jóvenes desocupados con bajo nivel de escolaridad”, invisibiliza los factores que inciden en la decisión del grupo de mujeres y varones de trabajar, y las posibilidades de obtener un empleo y de acceder al mundo educativo. En este sentido, una definición “ciega” a la división de roles y responsabilidades intrafamiliares, no podría dar cuenta de las especificidades y problemáticas particulares al interior del grupo de los llamados “jóvenes”. Cabe destacar, que distinguimos tres dimensiones a tener cuenta para reconstruir las trayectorias laborales y educativas de los jóvenes estudiados: los factores vinculados al *mundo privado* (que hacen referencia a la socialización familiar recibida, la formación para el trabajo asociada a la educación formal, y las experiencias laborales pasadas), los relativos al *mundo público* (que refieren a la situación del mercado de trabajo y a las prácticas discriminatorias en el reclutamiento de la mano de obra femenina), y por último las *mediaciones que operan entre ambos* (entre las que se destacan las redes sociales a las que los jóvenes tienen acceso y el modo diferencial en que afecta a hombres y mujeres de sectores populares la segregación espacial, que actúa reduciendo las posibilidades de obtener empleos). Estos aspectos tienen la capacidad de facilitar o restringir la participación de hombres y mujeres en el mercado laboral y educativo. La decisión de trabajar o no, de continuar con los estudios o abandonarlos, no es independiente entonces de la socialización recibida en los roles de género, del comportamiento laboral pasado, de la necesidad de compatibilizar tareas domésticas y extradomésticas, de los conflictos familiares, las necesidades económicas y las restricciones en el acceso a empleos.

Cuando primero está la familia, y estudiar o trabajar no es lo más importante. Para las mujeres, incluso para aquellas que no son madres, las posibilidades de acceso al mundo laboral dependen de los arreglos familiares que definirán la carga de responsabilidades y tiempo destinados al cuidado de los hijos o hermanos y a la realización de las tareas domésticas (actividades percibidas por ellas como un “no trabajo”); los cuales son el resultado de la división sexual de roles en el interior de los hogares. La socialización en los roles de género¹⁰, que determina que el cuidado del hogar y de los hijos se entiendan como cuestiones que deben ser atendidas exclusivamente por las mujeres; ha llevado a que la vida cotidiana de las mismas se desarrolle primordialmente en el ámbito privado, relegándose su salida al mundo público.

En este sentido, las trayectorias laborales de nuestras entrevistadas, se caracterizan tanto por su intermitencia, ya que sólo se incorporan en momentos de extrema necesidad o cuando

10 Estas diferencias de género se transmiten y construyen de generación en generación desde la más temprana infancia y pueden apreciarse en las cualidades y los roles que se le atribuyen a las niñas y a los niños. Los relatos dan cuenta que en su infancia, se han tenido que hacer cargo de sus hermanos menores, delegándose la responsabilidad de cuidar a los niños y realizar tareas domésticas en las hijas mujeres.

aparece alguna oportunidad de trabajar, como por el hecho de que las mismas han sido interrumpidas por determinantes familiares, como la necesidad de cuidado de los hijos¹¹. Asimismo, el tipo de ocupaciones a las cuales han podido acceder en sus breves experiencias laborales, se caracterizaron por sus condiciones de informalidad y precariedad, lo que contribuye a generar cierto escepticismo acerca de los beneficios que aportaría el trabajo extradoméstico para sus vidas¹².

Muchas mujeres ilustran la “voluntad” de trabajar, sin embargo, se advierte claramente que las posibilidades de hacerlo son muy restringidas. El imperativo de trabajar para mantener a los hijos y la necesidad de dedicarles tiempo para verlos crecer, es una tensión que las jóvenes madres hacen explícita permanentemente, y que juega a la hora de aceptar y rechazar empleos. La principal limitación para trabajar fuera del hogar se relaciona entonces, con la tenencia o no de niños pequeños y con la ayuda familiar con la que se cuente para su cuidado, situación que se complejiza frente a la falta de estructuras institucionales que las ayuden en la realización de estas tareas.

Si se es madre y pobre, es posible ser asistidas. Si bien hemos definido con claridad los procesos de fragmentación interna y estigmatización que se evidencian en estos barrios, es necesario aclarar que esta ruptura de lazos coexiste a su vez con un complejo entramado de vínculos institucionales provenientes del Estado y que se traducen en la múltiple interacción con diversos planes asistenciales. Son barrios “bajo planes”, donde la intervención estatal se hace presente en forma continua, a través de las mediaciones que gestionan los referentes políticos locales.

Las jóvenes entrevistadas, suelen tener acceso a aquellos planes sociales que las incluyen en su condición de madres. Estos alivian la problemática cotidiana de la subsistencia, brindándole alimentos a sus hijos, o nombrándolas receptoras de un ingreso económico destinado a la mera supervivencia. Si el requisito de “contraprestar” a cambio del beneficio las hace participar en la esfera pública, suele reproducir la distribución de tareas domésticas, ya que fundamentalmente despliegan su accionar en merenderos y comedores.

La existencia de estos planes sociales es descripta por las jóvenes madres como una ayuda importante para sus vidas cotidianas, pero para muchas de ellas esta no borra de ningún modo el anhelo de una inserción en el mercado laboral, percibida como un modo de realización personal plena, tanto por la satisfacción económica como por la simbólica. Sin embargo, podríamos decir que en este sentido, los planes de asistencia constituyen un componente más de la trampa doméstica que impide que la fantasía del trabajo remunerado pueda al menos intentar su concreción: la obligación para con los hijos es muy difícilmente delegable, por lo

11 En su mayoría las jóvenes mujeres consideradas en esta investigación eran madres o estaban embarazadas al momento de la entrevista. (11 de las 17 entrevistadas tenían hijos a su cargo)

12 Cabe destacar, que el mismo se pone de manifiesto, por ejemplo, en las dificultades para encarar una búsqueda laboral sistemática y sostenida en el tiempo.

que es escaso el tiempo disponible para buscar trabajo o para desarrollar pequeñas changas. En este sentido, los planes son una ayuda tranquilizadora para las necesidades económicas, pero que no contribuyen a la concreción del deseo de desarrollo laboral. En el plano económico ellas deben considerar las erogaciones necesarias para ir a buscar trabajo o a para desarrollarlo –en particular para aquellas que tienen hijos que deben contar con la colaboración de otros mientras se ausentan-, por lo que termina siendo muy poca la ganancia final obtenida. Asimismo, la responsabilidad que sienten como madres se convierte en otro escollo importante, ya que ellas perciben como preferible obtener menos con un plan, pero no verse obligadas a dejar a los hijos¹³.

En correspondencia con esta mirada tradicional sobre las responsabilidades domésticas, para estas mujeres el cuidado de los hijos y de la casa no es percibido, en ningún caso, como un trabajo. Frente al trabajo remunerado, las actividades domésticas son entendidas, incluso por quienes las realizan, como “no hacer nada”. El trabajo doméstico no remunerado no es reconocido como un trabajo y no reviste prestigio social.

Si se es hombre y joven solo hay opción de ser proveedor. Comentamos al comienzo de nuestro artículo, que la distribución de roles varón/mujer suele asignar a las mujeres la provisión efectiva de las tareas de cuidado de los hijos y el hogar. Como contrapartida, en aquellos varones que asumen las responsabilidades asociadas al rol de padres, las mismas suelen vincularse a la provisión de un ingreso que les permita llevar a cabo la manutención de los hijos. Cabe señalar que esta situación se ve más fielmente reflejada en aquellos hogares biparentales en los que conviven ambos padres, ya que cuando las jóvenes madres no conviven con el padre de sus hijos y lo hacen con otros familiares, esta responsabilidad suele recaer en estos miembros.

Este casi imperativo que pesa sobre los varones de ser los principales responsables económicos de los hogares, se ve por ejemplo reflejado en las percepciones que las jóvenes tienen sobre las remuneraciones diferenciales obtenidas en los empleos. En los discursos de varias de las jóvenes entrevistadas se advierte con fuerza la idea de que los hombres tienen posibilidades de acceder a mejores pagas bajo el supuesto que los empleadores reconocen que deben ofrecérselas por su condición de hombres que deben mantener a su familia.

Cuando lo que se tiene para ofrecer, no alcanza para los empleos anhelados. Los relatos vinculados con la inserción laboral evidencian en su gran mayoría el creciente debilitamiento de los vínculos de los jóvenes (en general poco calificados), con el mercado de trabajo. En el plano laboral, las trayectorias de los jóvenes podrían ubicarse en una gradación que iría de experiencias laborales formales con cierta estabilidad, pasando por trabajos intermitentes (la

13 Catalina Wainerman afirma que el modelo tradicional de organización familiar se sostiene en las clases bajas como norma canónica, siendo en la mayoría de los casos la necesidad económica la que moviliza a las mujeres al mercado de trabajo. Las obligaciones y derechos que otorga la maternidad son fuertemente remarcadas y se percibe el rol de la “madre presente” como prioritario. (Wainerman: 2005).

instancia menos frecuente)(no se si es la menos frecuente, me parece que todo lo contrario, hasta el despliegue en algunos casos de actividades extralegales o, incluso, ilegales. Las implicancias de una experiencia laboral evanescente, siempre fragmentaria o directamente inexistente, tiene su impacto en los relatos de los y las jóvenes sobre sus itinerarios laborales: proceso que se plasma en la dificultad que tienen la mayoría de ellos para hablar de las actividades que efectivamente realizan o realizaron, como formando parte de una trayectoria. Del mismo modo, la inestabilidad laboral dificulta imaginar alguna movilidad ascendente a corto o mediano plazo: el trabajo se transforma en un recurso más de obtención de ingresos entre muchos otros como los planes sociales, las changas, o incluso el robo.

El ingreso al mercado laboral es para ellos y ellas una batalla frente a condicionantes y obstáculos. Por esta razón la búsqueda laboral suele no materializarse en acciones sistemáticas y sostenidas en el tiempo, situación que se vincularía con las reiteradas experiencia de fracaso por las que han atravesado. En relación con la búsqueda de trabajo, lo distintivo no son las estrategias utilizadas, sino los impedimentos con los que estos grupos de jóvenes suelen encontrarse a la hora de conseguir trabajo. Lo que prevalece es la afirmación de un deseo o anhelo frustrado: “yo quiero trabajar, pero...”.

El primer de los obstáculos que los y las jóvenes perciben es la falta de redes de contacto. En ese sentido, un aspecto importante es que la familia¹⁴ aparece como “recurso” poco efectivo para conseguir trabajo, contactos, o más específicamente en el caso de las mujeres como ayuda en el cuidado de los niños. El deterioro de las condiciones de trabajo, el aumento de la vulnerabilidad y la pobreza de los hogares, han contribuido al debilitamiento de las familias que ya no tienen la capacidad de resolver problemas como la obtención de empleo o el mantenimiento del apoyo para que sus hijos sigan en la escuela. En definitiva, la existencia debilitada de esos lazos, resulta insuficiente para superar la marginación laboral y la segregación espacial.

El segundo factor, al que nos hemos referido anteriormente, es el vinculado al aislamiento geográfico en el que se encuentran la mayoría de los jóvenes estudiados. La segregación espacial reduce notablemente las oportunidades de obtener un empleo pues obliga a estos jóvenes a operar en un espacio reducido y homogéneo de mercado (tanto de clientes como de bienes y/o de servicios).

Vivir en un barrio estigmatizado, claramente disminuye la “empleabilidad” de los jóvenes. Las imágenes estereotipadas, que imponen su sello negativo a ciertas zonas y barrios de la ciudad, también tiñen los criterios que utilizan los empleadores cuando reclutan mano de obra no calificada. A su vez, el reconocimiento de que los residentes de esos barrios son rechazados

14 Uno de los rasgos interesantes para destacar en relación con el mundo familiar de origen, es la escasa referencia que los jóvenes realizan sobre ese aspecto de sus vidas.

como potenciales candidatas a puestos de trabajo por el lugar donde viven, lleva a que la mayoría de los jóvenes que buscan trabajo oculten u omitan sus domicilios reales.

Otro de los obstáculos mencionados para conseguir trabajo aparece, asociado a la falta de capacitación y experiencia. En ese sentido, se percibe una desmedida exigencia por parte de los empleadores. Esta sobreexigencia de los patrones es vista como una injusticia, ya que existe una devaluación de credenciales y una recalificación de puestos de trabajo, por lo que ocupaciones a las que podrían acceder en el pasado, actualmente son ocupadas por individuos más calificados en un contexto de alto desempleo. Paralelamente, en la mayoría de los casos, la falta de capacitación también es percibida por los jóvenes como una carencia personal.

Las mujeres que son madres perciben que también la maternidad es una carga negativa a la hora de salir a la búsqueda. Su condición de madres, con todo lo que ello implica en cuanto a obligaciones y restricciones de tiempo para el trabajo fuera del hogar, las posiciona en una situación de desventaja¹⁵ con respecto a aquellas jóvenes que no tienen responsabilidad familiar, o a los hombres jóvenes, sean estos padres o no.

En general, tanto los hombres como las mujeres perciben que no cumplen con los requisitos demandados y valorados por el mercado. Sus relatos acerca de las dificultades para ingresar en el mercado laboral, ponen en evidencia el desfasaje entre lo que pueden ofrecer, y lo que perciben que el mercado les exige y demanda. Consideran que las remuneraciones son bajas en proporción al trabajo realizado, que es muy escasa la oferta de trabajos que ellos y ellas podrían desempeñar, lo cual además se ve acentuado en el caso de las mujeres por lo antes dicho¹⁶. También afirman que los requerimientos (“saber computación”, “inglés”) son inalcanzables teniendo en cuenta su nivel de instrucción. La falta de estudios y de experiencia, se combinan en un círculo vicioso irresoluble: sin estudios no se consigue trabajo, sin empleos no se acumula experiencia.

Para concluir, las trayectorias de los jóvenes estudiados se alejan de los parámetros de las características del mercado laboral formal, y reflejan el debilitamiento de los vínculos de los jóvenes menos calificados con el mercado de empleo y la creciente dificultad para traspasar los límites que impone el barrio. Estas trayectorias evidencian el resquebrajamiento de los mecanismos, que tradicionalmente permitían y posibilitaban el

15 Esta situación es percibida por ellas como una desventaja en dos sentidos. Por un lado consideran que el hecho de ser madres dificulta aún más, cuando no imposibilita, su contratación por las implicancias en cuanto a obligaciones y restricciones de tiempo para el trabajo fuera del hogar. En otro sentido, en sus representaciones, los patrones no quieren pagar cargas sociales, ni licencias de las mujeres embarazadas por lo que optan por contratar empleadas sin responsabilidad familiar para poder disponer de trabajadoras con horarios más flexibles.

16 En palabras de Jelin, “Desde la perspectiva de la oferta de empleo persiste una fuerte segmentación ocupacional entre géneros. Mientras que los hombres participan en todo tipo de sectores económicos, las mujeres urbanas se concentran en los servicios y el comercio, y dentro de ellos desempeñan tareas “típicamente femeninas”, es decir, aquellas definidas socialmente como extensión de las propias de la labor doméstica: para las mujeres populares, servicio doméstico en otras casas, limpieza y lavado/planchado de ropa, costura, cuidado de niños, ancianos y enfermos; para las mujeres más educadas de sectores medios, enfermería, secretariado, docencia.” (Jelin: 1998, 48)

pasaje entre el mundo educativo y el laboral, propios del periodo de transición entre la juventud y la adultez.

Entre las ayudas que se ofrecen y las que se necesitan: el rol del Estado

Las demandas al Estado de los y las jóvenes entrevistadas, dan cuenta de una valoración positiva hacia aquellas políticas sociales que les ofrecen no sólo ayudas materiales, sino también bienes simbólicos en la forma de un “capital” que los “enriquezca” subjetivamente. La posibilidad de acceder a un empleo de calidad, se inscribe como uno de esos bienes con potencial emancipatorio. Es por ello que en general, el Plan Incluir fue valorado positivamente por considerar que la participación en él, les daría la posibilidad tanto de capacitarse gratuitamente, como de lograr un mejor posicionamiento frente al mercado de empleo.

Sin embargo, fueron pocos los jóvenes pertenecientes a los barrios de Carlos Gardel y Sarmiento que accedieron a los cursos, y cuando lo hicieron, tuvieron dificultades para concluir la capacitación. ¿Qué factores intervinieron en estas situaciones?

Consideramos que la conceptualización de la situación juvenil desde la que se partió, no contempló la compleja trama de condicionantes que dificultan esa inserción laboral que el propio plan intentaba viabilizar. Tanto las cuestiones de segregación espacial y económica, como el impacto subjetivo que tiene la perdurabilidad de una asignación de roles enmarcada en relaciones de género patriarcales, definen un panorama juvenil al que es necesario abordar a partir de planes en los que se diseñen líneas de partida las que, al contemplar la complejidad que estas cuestiones imprimen, permitan promover los puntos de llegada que se han propuesto.

La falta de profundización sobre la condición heterogénea del grupo socialmente definido como juventud implicó, entre otras cosas, que se utilizaran canales de difusión que no permitieron efectivizar el acceso a los beneficios de esta política a los jóvenes más vulnerables; se establecieron lugares de inscripción¹⁷ en nodos de circulación del municipio a los que estos jóvenes muy difícilmente acceden debido a las condiciones de desafiliación social, laboral y escolar que los atraviesan; y finalmente se definieron lugares de desarrollo de los cursos apartados de los de residencia de los jóvenes, pensados en función de concepciones de cercanía y centralidad que excluyen al territorio de Carlos Gardel y Sarmiento. Consecuente con un patrón masculino de beneficiario, el programa

17 Cabe señalar, que el hecho de que la inscripción se llevara a cabo en escuelas públicas fue un requisito impuesto por el ente financiador. Esto permitió una mejor distribución y control de las planillas numeradas que se entregaban y retiraban todos los días a fin de propiciar la transparencia en la inscripción, y la supervisión conjunta del proceso por parte de la DINAJU y el municipio. Tal como se mencionó, esta condición no favoreció la inscripción de los jóvenes de menores recursos, ya que debían movilizarse hasta ellas, cuando su circulación es restringida, y además contar con los recursos económicos para hacerlo. Cara y ceca de las exigencias de “accountability”. Las necesarias exigencias de transparencia debieran ser también pensadas a partir del conocimiento real del contexto de aplicación de las políticas y de su población.

tampoco instrumentó acciones tendientes a facilitar la inclusión y permanencia de las mujeres jóvenes, en particular aquellas que eran madres y que difícilmente podían contar con reemplazos en sus funciones de cuidado, más cuando el motivo que las llevaba a ausentarse de estas tareas (“ir a estudiar”) no generaba retribuciones materiales en lo inmediato.

En conclusión, los datos que nos suministran los registros de inscripción nos permiten sostener que existió una “autofocalización” que incluyó a jóvenes que no pertenecían a las zonas más vulnerables del partido en términos socioeconómicos, y que poseían mejores niveles educativos que el perfil delineado. Por otra parte la dimensión relativa a la “Condición de trabajo” presenta categorías difusas que no permiten dar cuenta de niveles de precarización del empleo y de desempleo de los jóvenes. Concretamente, los números indican que el programa llegó a los jóvenes, pero no principalmente a aquellos que se configuraban como población objetivo.

Estas dimensiones impactaron de tal modo en la etapa de implementación del programa, determinando que los cursos de formación terminaran desarrollándose con grupos que no pertenecían a las zonas más vulnerables del partido en términos socioeconómicos, y que poseían mejores niveles educativos que el perfil delineado, dejando afuera, ya sea en la convocatoria inicial o en las etapas de desgaste intermedias, a aquellos jóvenes en condiciones más vulnerables hacia los cuales estaba originalmente dirigido.

El conocimiento del espacio social en el cual se inscriben las acciones de una política pública constituye una herramienta fundamental, del mismo modo que la consideración de los problemas de integración sistémica entre Estado, mercado de trabajo, familia, escuela y barrio. Considerando la complejidad que imprime esta perspectiva conceptual, sería posible delinear políticas sociales en las que se diseñen estrategias más efectivas para abordar la problemática de la inclusión.

Repensar las políticas sociales desde los sujetos: Un intento de acortar las distancias

Podemos intentar sintetizar algunos rasgos relevantes en estos jóvenes hombres y mujeres que residen en un barrio segregado, y poner a consideración propuestas para repensar una política social desde las necesidades de cada grupo específico.

En el caso de las mujeres se evidencian autopercepciones que las definen en su rol de madres y su preeminente circulación por un espacio doméstico. Se destaca que ni el trabajo ni la educación, se han configurado como puntos de anclaje identitarios, lo cual ha generado trayectorias educativas signadas por el fracaso y el temprano abandono del sistema formal; y trayectorias laborales caracterizadas por la intermitencia, la inestabilidad y la precariedad. Al no constituirse éstos en ámbitos de satisfacción personal que deseen recobrar, sus acciones

tendientes a lograr el acceso a un empleo o la reinserción educacional, suelen ser lábiles y esporádicas. Esta situación también guardaría vinculación, con una modalidad de arreglos familiares en los que la manutención económica del hogar recae principalmente en otros miembros, y con la ausencia de redes sociales que las ayuden a sostener los proyectos de capacitación y educación que en ocasiones gestan. Estas dificultades se redimensionan en una cotidianeidad donde se debe resolver la subsistencia, situación que actúa inhibiendo el desarrollo de nociones de previsión, y de proyección a mediano y largo plazo.

Los hombres jóvenes también evidencian trayectorias laborales inestables y poco definitivas de un camino futuro de construcción de identidad y de estructuración de la vida. Sus trayectorias educativas, mayoritariamente truncadas tempranamente, han sido poco relevantes en la posibilidad de construir una futura inserción socio-laboral adulta. Mayoritariamente, los jóvenes viven el día a día, preocupados por la subsistencia cotidiana, e intentando desarrollar diversas estrategias que les posibiliten tener un ingreso mínimo. Estas estrategias son indispensables para sostener su papel de proveedor, un rol que constituye la contracara de la obligación doméstica femenina en la tradicional división de roles que consideramos continúa imperando en los hogares de sectores populares.

¿Cómo generar entonces, políticas sociales que resulten “inclusivas” para ellos y ellas?

Pensamos que una política de inclusión juvenil “ciega” a las cuestiones de género, produce como efecto visible una probable exclusión de los beneficios. Desde el diseño de una política pública con énfasis en la inserción laboral, ignorar la existencia de esta distribución de tareas, produce sin duda efectos discriminatorios en el acceso a la misma. (yo la cambiaría y sacaría la cita porque esto es bien específico para mujeres)

Es necesario destacar, que al mismo tiempo debieran orientarse las acciones desde un diagnóstico que dimensione las restricciones que imponen las condiciones materiales de existencia y las que produce el espacio en el que habitan, y que delinean una cotidianeidad signada por la incertidumbre en la que resulta complejo sostener acciones en el tiempo y proyectarse a futuro.

Por otra parte, una política que persiga como uno de sus objetivos lograr la inclusión laboral, debiera proveer en primer término, instancias previas de orientación vocacional que perfilen las preferencias de los y las jóvenes, en función de sus capacidades y potencialidades. Por otra parte, si lo que se espera es la inserción y permanencia en el mercado de trabajo, esto requeriría pensar tanto en cómo hacer efectiva la inserción posterior a la capacitación, como en las acciones necesarias para sostenerla en el tiempo.¹⁸

18 Teniendo en cuenta el vínculo existente entre inserción laboral y nivel educativo, debieran encararse planes de reinserción educativa adaptados en el tiempo y la modalidad. Esto les permitiría obtener credenciales educativas que las aproximen a empleos más cercanos a sus reales anhelos.

Consideramos que las limitaciones descriptas, inherentes al diseño y a la implementación de esta política tuvieron efectos concretos, que provocaron que el programa incluyera principalmente a grupos de jóvenes con mejores niveles educativos y ocupacionales, y dejara afuera, ya sea en la convocatoria inicial o en las etapas de desgaste intermedias, a aquellos jóvenes en condiciones más vulnerables hacia los cuales estaba originalmente dirigida, y entre ellos, mayoritariamente a jóvenes residentes en estos espacios segregados.

Podríamos pensar que sólo desde un Estado, que desde sus políticas, busque aproximarse a los “espacios materiales y simbólicos” en los que “residen” los y las jóvenes, será posible generar procesos inclusivos que les permitan habitar otros.

Referencias Bibliográficas

- **Cerrutti M.**, (2003), “Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires”; en Wainerman, Catalina (comp.) *“Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- **Danani, C.**, (1998) “El trabajo es un sueño eterno: pensando lo político de la integración social” en R. Castronovo (comp.), *Integración y desintegración social a comienzos del siglo XXI*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús- Espacio.
- **Fernández, A. M.** (1994), “La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres”, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- **Filmus, Daniel, A. Miranda y J. Zelarrayán** (2003): “La transición entre la escuela secundarias y el empleo: los recorridos de los jóvenes en el Gran Buenos Aires”, en Estudios del trabajo N°26, Segundo Semestre del 2003, Buenos Aires.
- **Gallart, M A.** (coord.), (1995): “La formación para el trabajo en el final de siglo: entre la reconversión productiva y la exclusión social”. Red Latinoamericana de Educación y Trabajo y OREALC–UNESCO. Buenos Aires, Santiago y México.
- **Grassi, E.** (2003): “Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)” Espacio Editorial, Buenos Aires.
- **Isla, A. Y D. Miguez** –Coord.- (2003): Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa, Editorial de las Ciencias, Buenos Aires.
- **Jacinto, C. Y M A. Gallart** (1998a): “La evaluación de programas de capacitación de jóvenes desfavorecidos. Una ilustración con programas para jóvenes desempleados en los países del Cono Sur”, Instituto Internacional de Planeamiento para la Educación, UNESCO.
- **Jahoda M.** (1987): “Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico”. Editorial Morata, Madrid.
- **Jelin, Elizabeth**, “Pan y afectos. La transformación de las familias”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- **Kessler, G.** (2004): Sociología del delito amateur, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- **Lo Vuolo, Barbeito, Pautassi y Rodríguez**, (1999), “La pobreza... de la política contra la pobreza”, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- **Margulis, Mario** (editor), “La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud”, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1996.
- **Oyarzún Chicuy, Astrid**, “Políticas Públicas y mujer joven: entre la madre y la hija”, en Revista Última Década N° 14, Chile, CIDPA, 2001, pág. 75-90.
- **Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil**, Documento de Proyecto, Mayo de 2004, Ministerio de Desarrollo Social.
- **Salvia A. Y I. Tuñón** (2006): “Los jóvenes y el mundo del trabajo en la Argentina actual” en Encrucijadas.
- **Saraví, G A** (2004): “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, Revista de la C E P A L 8 3, Agosto.
- **Wacquant, L.** (2001): Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Manantial, Buenos Aires.
- **Wainerman, Catalina**, “La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?”, Buenos Aires, Lumiere, 2005.

- **Weller, J** (2003): "La problemática inserción laboral de los y las jóvenes", División De Desarrollo Económico, CEPAL, Santiago de Chile.